



Autocensuras

Carlos Fariña



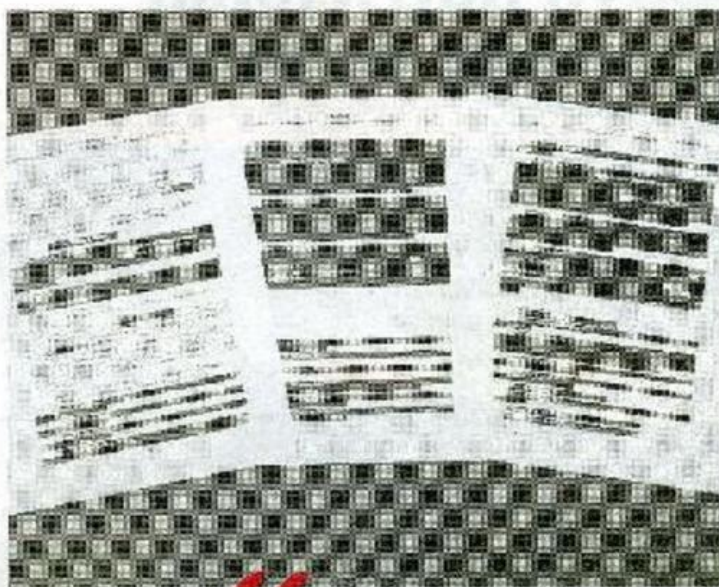
El libre intercambio de información e ideas se restringe cada día más. Una actitud censora se expande en nuestra cultura. Ese diagnóstico tan duro fue suscrito por 153 intelectuales, artistas y escritores de gran renombre, y publicado en la revista *Harper's Magazine*, de EE.UU. Entre los firmantes están la escritora Margaret Atwood, el lingüista Noam Chomsky, la historiadora Anne Applebaum, el novelista Salman Rushdie, la activista pro derechos civiles Sarah Haidler, el músico Wynton Marsalis, la periodista Marie Aron y muchos más.

Eso centenar y medio de personalidades aplaude "las poderosas protestas que demandan justicia racial y social". Por otro lado, advierten que "el necesario reconocimiento de esas demandas ha intensificado un conjunto de actitudes moralistas, y compromisos políticos, que tienden a debilitar nuestras normas para un debate abierto y tolerante de las diferencias, favoreciendo la conformidad ideológica". Y agregan: "Gradualmente se estrechan los límites de lo que puede decirse sin temor a represalias. [Mientras] aumenta la aversión al riesgo entre artistas, escritores y periodistas que temen perder sus medios de subsistencia si se apartan del consenso o, incluso, si se muestran de acuerdo sin demasiado entusiasmo".

Varios ejemplos abonan esas afirmaciones. La "presión popular" ha expulsado de sus trabajos a editores de periódicos y a profesores universitarios que difundieron opiniones, a veces contrarias a sus propias ideas, pero que ellos deseaban debatir.

Apenas publicada esa carta, las redes sociales estallaron. Sobre sus autores cayó una lluvia ácida de descalificaciones personales (mientras del contenido poco se hablaba). Algunos fueron acusados de incorrecciones políticas. Al resto se les culpó de codearse con aquellos "parias".

El impulsor de esa declaración pública tuvo que salir a defender la idoneidad de los firmantes. Thomas Chatterton Williams, un ensayista afroamericano de 39 años, tuvo que subrayar: "Los que escribimos esa carta no somos un montón de viejos blancos", declaró (¿si lo fueran, sus argumentos serían despreciables?). Y agregó: "Entre nosotros hay muchos pensadores negros, musulmanes, judíos, gen-



te que es trans y gay, viejos y jóvenes, de derecha y de izquierda".

Ese certificado de diversidad no bastó para calmar a las redes. Otros usuarios acusaron a esos intelectuales de un pecado que, supuestamente, anularía la pluralidad de sus diferencias. Ellos son prestigiosos, poderosos y disfrutan de grandes audiencias. Por lo tanto, no tendrían derecho a hablar de cen-

suras. De hecho, la mera publicación de esa misiva bastaría para probar que la cultura censora que denuncian no existe (nuestras redes sociales producen mejores sofistas que la Grecia clásica). Williams contrató en Twitter: "Debido al clima de miedo mucha gente conocida y admirada nos dijo, confidencialmente, que estaban de acuerdo, pero que no se atrevían a firmar [la carta]".

Ese "clima de miedo" en la cultura no es privativo de la, con frecuencia, puritana sociedad estadounidense. Pocos días antes de aquella declaración de los 153 intelectuales, dos jóvenes escritores argentinos publicaban un valiente artículo titulado: "Editores y escritores de rodillas". En ese ensayo, aparecido en el País de España, Ariane Harwicz y Edgardo Scott argumentan que vivimos "un tiempo donde la cultura, como en el Medioevo, vuelve a apostar por la represión y la propaganda". Citando sus propias experiencias en Francia, Harwicz y Scott testimonian la autocensura que cuan-

Los espíritus auténticamente rebeldes desconfían, por instinto, de las unanimidades y las mayorías aplastantes".

en los autores y las editoriales, y que se traslada a los lectores. Estos reciben "textos que dicen lo que ya se dice, lo que se quiere escuchar, sin disidencias ni contradicciones, textos celebratorios del discurso de época [...]". Este será quizás el siglo donde no hará falta [la censura], pueden descansar los jueces. La autocensura ha ganado".

Ese diagnóstico de Harwicz y Scott podría ser demasiado pesimista. El propio artículo que ellos firman, y la declaración de esos 153 intelectuales estadounidenses, demuestran un coraje esperanzador. Se requiere coraje para desafiar el consenso en nuestro grupo de pares y contradecir el parecer mayoritario en nuestro gremio.

Los espíritus auténticamente rebeldes desconfían, por instinto, de las unanimidades y las mayorías aplastantes. Las censuras sociales y gremiales provocan, en muchos artistas e intelectuales, una autocensura paralizante. Pero, en los mejores casos, la censura produce una desobediencia transgresora y creativa. Cuando vemos una palabra provocamos una enorme ansiedad de pronunciarla a escondidas o de otra forma. La libertad es un instinto más poderoso que la represión. El niño al que le prohíben decir "caca" repite esa palabrita con fruición apenas le dan la espalda o inventa formas nuevas para decirlo mismo.

Los tabús crean metáforas.

Autocensuras [artículo]

Libros y documentos

AUTORÍA

Franz, Carlos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2020

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Autocensuras [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile